

I

Africano e inquieto, el viento esparcía sordas ráfagas sobre la cubierta del barco. La noche sin luna dignificaba la blancura espumosa de las olas. Era medianoche. Ninguno de los pasajeros parecía tener la menor intención de buscar melancólicos deleites a una travesía marina que conocía demasiado bien para encontrar en ella algo distinto a un rutinario mal dormir. Viajantes de comercio, pescadores o simplemente familiares que regresaban de visitar a otros familiares, se arremolinaban en los escuálidos salones destinados, a falta de camarotes, a albergar los ronquidos, los aspavientos y los poco recomendables olores que el reposar colectivo comporta.

Me sentía perplejo y curioso a un tiempo al pensar en las nulas razones que explicaban mi viaje. No tenía la menor idea de cómo era Lampedusa, pero a juzgar por la escasísima información que proporcionaban—o más bien, no proporcionaban—las agencias turísticas italianas e, incluso, las sicilianas, cabía esperar que fuera un horrible islote sin posibilidad ninguna. En pleno 1979, sólo un loco podía pensar que en el centro del Mediterráneo una belleza había escapado a las garras de los viajes organizados y a todo este saqueo de las artes y las naciones que se llama turismo. La belleza no era,

pues, la razón. Tampoco lo era ni la visita a unos restos de civilización, ni el clima que, aunque probablemente templado en esta época otoñal, no me preocupaba, ni la existencia de cálidas playas o abruptos acantilados que desconocía por completo. Mientras me acompañaba de la amarga dulzura del tabaco de mi pipa, pensaba indolentemente si no había sido un duende, de aquellos que aman posarse en nuestro inconsciente durante las largas noches de la pubertad, quien malicioso y divertido había señalado en el mapa de los viajes prometidos esta islita con nombre de ninfa.

Las luces de Porto Empedocle hacía ya tiempo que habían desaparecido en la tranquilizante niebla de la lejanía. Otra vez experimentaba que, para los amantes de los puertos y de las islas, el alejarse de los unos o de las otras entraña tanta fascinación como la que irremediablemente provoca la palpitante certidumbre del arribo inminente. El enamorado de las islas y de los puertos es el verdadero nómada: él no halla satisfacción en el permanecer sino en el llegar y en el partir, actos supremos de la fugacidad y, por tanto, los únicos capaces de combatir la fugacidad de la existencia. Por eso nunca el sentimiento de la muerte es el mismo en el mar o en la tierra firme. El buque logra representar tan vivamente la transitoriedad de las cosas que, paradójicamente, constituye un refugio consolador; y el mar embravecido y la tempestad no hacen sino acrecentar estos fenómenos aparentemente opuestos.

Conciliar el sueño me resultaba imposible. La mezzanotte iluminación de las lámparas tampoco permitía la lectura. Como un fantasma deambulaba de un lugar a otro. En uno de los salones algunos tripulantes y marineros fumaban y jugaban a las cartas en medio de carcajadas. Al parecer era obligatorio acompañar la presentación del naipe con eructos y blasfemias, como si de una invocación a las fuerzas de un demonio tosco pero efectivo se tratara. Aunque todos hablaban en siciliano, pronto pude comprobar que algunos de ellos pronunciaban sus secas exhortaciones con unos tonos más cerrados y breves, exacerbando todavía más la habitual astucia lingüística de Sicilia.

Luego aprendería que los lampedusanos son los más esforzados campeones en el arte de ocultar a los forasteros el significado de sus conversaciones, gracias a la endiablada rapidez con que contraen las palabras. También aprendería que, al igual que sucede con los sicilianos, ello es una bien meditada fórmula secular, tanto para desorientar inoportunos oídos como para reafirmar la orgullosa constatación de un particularismo que hace que los sicilianos distingan entre Sicilia y el resto del mundo, y los lampedusanos entre Lampedusa y ese mismo resto del mundo, en el que incluyen, para enfado de los primeros, a la propia Sicilia.

Uno de los tripulantes me ofreció un café, que acepté con gusto. Por lo visto el barco poseía, a pesar de su miseria, una cafetería clandestina pues, al cabo de unos instantes, el

hombre volvió con un par de admirables cafés, de esos que logran producir, se esté donde se esté, añoranza de Italia. Se sentó frente a mí y ambos apuramos nuestros vasitos con avidez. Luego permanecimos en silencio un buen rato. Mi inesperado y hospitalario protector parecía angustiado por ejercer la función que corresponde a estas situaciones: ¿de dónde?, ¿hasta cuándo?, ¿por qué? De repente, contra lo previsto, se levantó, mostró radiantemente su cariada dentadura en señal de fraterna salutación y, como un rayo, partió a incorporarse a la mesa de los eructadores-jugadores. Agradecido, pero convencido de que ya se habían agotado, por aquella noche, las posibilidades de vida social, encendí de nuevo mi pipa y me recosté en un butacón desde el cual, a través de una vidriera, podía contemplar la negritud del mar.

«La etérea potencia hasta el mar acosa a los mortales, pero el mar de sí los escupe hacia la firme tierra, y la tierra, a su vez, los expone a los fulgores del ardiente sol, para que éste, de nuevo, los arroje a los remolinos del aire. Así los mortales pasan de un elemento a otro, siendo, no obstante, por todos despreciados». De esta manera, encabalgadas en un orden armónico y susurrante, se deslizaron hacia mí estas palabras inesperadas. Absorto en la embriaguez de la oscuridad, por un momento creí que, adormilado, había cedido al sortilegio del sueño. Por breves instantes mi mente se mostró burlescamente incrédula. Desarmada

por la agradable relajación que lleva consigo la ausencia de pensamiento, permanecía en una duda infinita. Tan sólo la brusca conciencia de escuchar un italiano nítidamente comprensible me incitó a revolverme. Giré la cabeza hacia el lugar de procedencia de la voz.

—Le creía despierto, pero ahora temo haberlo molestado.

Una silueta, gigantesca y enjuta, se hallaba ligeramente inclinada sobre mi butaca. Por su impecable elegancia reconocí rápidamente a mi interlocutor. Lo había visto en los muelles de Porto Empedocle y había reparado en él porque, enfundado en su gabardina blanca, parecía insólitamente sereno en medio del caótico trasiego de mercancías. Desde luego, contrastaba vivamente con el resto del pasaje. Pero después, ya en la nave, lo había perdido de vista.

—Le ruego que me perdone. Tenga, se le ha caído.

Me tendió un libro. Era una curiosa biografía popular de Empédocles que yo había comprado por la mañana en una librería de viejo de Agrigento. Divertida y rara, había pensado que podía servirme de distracción durante el viaje, pero la ausencia de luz me había impedido cumplir tal propósito. Ello, probablemente, explicaba la extraña presentación con que se había introducido en mi indolencia mi desconocido acompañante, confundíendome, tal vez, con un buen conocedor del filósofo agrigentino.

—Gracias—balbuceé.

Algunos jugadores continuaban con su tarea. Sin embargo, el ruido de sus desafíos y apuestas había disminuido

mucho. De tal modo que, antes postergados por las pequeñas emociones humanas, ahora eran el rumor del mar y el silbo del viento quienes prevalecían sobre el silencio.

—No se preocupe—continué, intentando dominar de nuevo el uso de una lengua que, aunque extranjera, me era tan familiar—, estaba despierto. En realidad estoy totalmente desvelado pero, harto de dar vueltas de aquí para allá, había optado por refugiarme en este salón.

—Efectivamente, se hace difícil dormir aquí... —dijo el hombre. Y después, sin dilación, como acostumbra a hacer muchos italianos en prueba de cortesía, se presentó—: Leonardo Carracci.

Pronuncié mi nombre y nos apretamos las manos. Sólo los latinos saben conceder a este acto su complejo significado. Es un examen que, si no es suficiente para aceptar amigos, sí es necesario para descartar enemigos. Agradablemente pude comprobar que mi nuevo compañero de viaje apretaba mi mano de la única forma apropiada a los espíritus nobles: con fuerza, con calor, con jovialidad, comunicando a la otra epidermis el flujo indefinible que se nutre en las esencias verdaderas del hombre.

Tomó asiento junto a mí.

—¿Sabía usted que todas las imágenes de Empédocles son apócrifas? La que hay en la portada de su libro es una de las más frecuentes y, también, una de las más queridas por los agrigentinos que, todavía hoy, se niegan a aceptarla como falsa. —Supongo que mi expresión demostraba total desconocimiento del tema. Leonardo Carracci conti-

nuó—: Empédocles siempre refutó posar. Jamás quiso que su retrato pudiera ser sometido a la voluntad de los artistas de su tiempo. Estaba tan íntimamente convencido de su carácter divino que no juzgaba conveniente que simples humanos moldearan su rostro. Creo que debió de ser efectivamente un ser excepcional. Intuyó, como nadie, el carácter creador del odio y la consecuencia destructora del amor. Y en propia carne tuvo que experimentarlo cuando sus conciudadanos primero le halagaron y después le vituperaron. —Calló unos segundos. Me miraba con una ambigua sonrisa, quizá temiendo que su tema de conversación no fuera de mi agrado. Por fin preguntó—: ¿Se ha fijado qué ciudad es Porto Empedocle?

—Me ha parecido horrible—contesté, con tal convicción en mi juicio que no temí, en absoluto, que mi sinceridad pudiera ser confundida con una falta de gentileza.

—Exacto—respondió—. Pero no es solamente horrible: es, además, una venganza póstuma a Empédocles. Usted habrá visitado el Valle de los Templos y, sin duda, habrá reparado en su situación excepcional, única. Los olivos, los cipreses, la vid y, enfrente, el maravilloso llano que recibe la caricia del mar. Todo ha sido destruido por este eccema venenoso que es Porto Empedocle, con sus humos emponzoñados y su detestable arquitectura. ¿Sabe con qué material se iniciaron esos bloques tenebrosos?

—No tengo la menor idea—le dije.

—Con el más barato por ser el más cercano: el de los antiguos templos. Centenares de columnas, de frontones,

de techumbres se hallan extraviados en este pobre laberinto del progreso y del desarrollo.

Leonardo Carracci hablaba con un tono que cautivaba y sorprendía. Irónico y apasionado al mismo tiempo, el timbre de su voz se modulaba con mesurada firmeza, desplegándose hacia alturas que podían sugerir cierto estado colérico que, no obstante, inmediatamente era evitado por un repliegue tonal hacia la serenidad. Su delgadez, realzada por su elevada estatura, contribuía a dar a sus gestos una elegancia muy particular que, desde un principio, erradicaba de su persona toda acusación de extravagancia.

Cuando parecía que aquel hombre, que tan bien demostraba conocer el triste destino de la vieja civilización, iba a continuar su relato, fuimos interrumpidos por el mismo tripulante que antes había acudido en mi auxilio. La partida de naipes finalizaba.

—¿Desean ustedes otro café antes de que apaguemos la máquina?

Aunque la nave se destacaba por la total ausencia de servicios y comodidades, era bien evidente que la producción de café era una honrosa excepción a la sequía reinante. Por supuesto, aceptamos con gusto. La interrupción sirvió para que Leonardo Carracci se olvidara, al menos provisionalmente, de Empédocles y, como quien tímidamente se excusa por una entrada intempestiva en vida ajena, diéramos un giro a la conversación para dirigirla a los intrascendentes prolegómenos de todo encuentro viajero entre desconocidos. Conocida mi nacionalidad y mi ciudad elogió,



como era natural, una y otra. Sin embargo se mostró sorprendido cuando le expuse mi razón o, más bien, mi sinrazón para emprender la ruta de Lampedusa.

—Es extraño—dijo—. Tengo entendido que, por esta época, pocos forasteros visitan la isla. Habitualmente sólo los amantes de la pesca subacuática, que allá abunda tanto.

Parecía muy interesado por mi falta de razones concretas para visitar Lampedusa y me miró como si estuviera meditando sobre ello. Llegaron los cafés. Hice un gesto hacia el tripulante para abonar nuestra consumición, pero el hombre de la dentadura careada denegó con la cabeza.

—Invita la casa—afirmó, en flagrante contradicción con el intenso balanceo que nos recordaba la lejanía del suelo firme—. Les recomiendo que duerman un poco, pues nos faltan todavía bastantes horas.

—¿Cuántas?—pregunté.

—Unas diez—contestó—. Depende del tiempo que nos detengamos en Linosa.

Le agradecemos su amabilidad. Sin embargo, ni Leonardo Carracci ni yo parecíamos muy predispuestos al sueño. Sorbimos lentamente nuestros cafés. Cuando, de nuevo, estuvimos solos, le inquirí información sobre las islas. Linosa, esta escala imprevista por mí, era, por lo visto, un islote volcánico de escasas dimensiones, poblado por no más de dos centenares de habitantes.

—Lampedusa es mayor, pero *era* tan miserable como la otra—dijo escuetamente.